

## Discurso del Lic. Manuel M. Guerrero ante el cadáver de Don Federico

Permitidme, señores, que por un momento ahogue la emoción propia de un discípulo agradecido, para no dejar partir, sin un adiós acongojado, el féretro que devuelve al seno de la tierra, de esta tierra dominicana que él tanto amó, al maestro esclarecido que espiritualmente nutrió varias generaciones de estudiantes.

Para ponderar los méritos y virtudes de don Federico Henríquez y Carvajal, del profesor cuya dolorosa desaparición del escenario de la vida nos congrege en estos momentos, urge subrayar el hecho de que su vida y su obra discurrieron en el ámbito de dos siglos: en el siglo XIX se formó espiritualmente y luchó y sufrió en una labor que nunca será excesivamente elogiada; en el siglo XX, en el que agota la segunda mitad de su vivir, prosigue durante las primeras décadas la obra de difusión cultural con el mismo fervor y tenacidad de sus años juveniles. Esa circunstancia tiene algo más que una significación cronológica; ella conlleva un sentido ideológico y una trascendencia histórica. Olvidar que don Federico Henríquez y Carvajal vivió la mitad de su existencia dentro del siglo XIX, es desconocer la poderosa influencia que en la formación de su pensamiento ejerció la corriente filosófica dominante en esa época, el positivismo; y es exponerse a subestimar la personalidad del maestro.

Discípulo de Meriño, se educó en la tradición ideológica imperante en ese entonces, de raíz religiosa, y formó parte de esa brillante generación que ilustraron, entre otros, Casimiro N. de Moya, Francisco Gregorio Billini, Juan Francisco Alfonseca, Apolinar Tejera.

Cuando al eminente sabio y educador Eugenio María de Hostos se le encomendó organizar la enseñanza pública, y fundó en el año 1880 la Escuela Normal, los jóvenes intelectuales de la sociedad "Amigos del País" colaboraron eficazmente, como profesores de esa institución docente, en la labor de renovación pedagógica, verdadera revolución se la ha llamado, que tenía como fundamento filosófico el positivismo, el cual postulaba una fe incontestable en la ciencia experimental.

Bien sabéis que el positivismo, en la América Latina, degeneró casi siempre en acción pedagógica y

actividad política, porque al afirmar que la ciencia transformaría el mundo, haciendo que la naturaleza fuera dominada por la técnica y se sometiera a los designios humanos, el positivismo abría perspectivas indefinidas y determinaba una visión del progreso ilimitado que necesariamente tenían que trascender al plano educacional y a la vida política.

La revolución pedagógica iniciada por Hostos suscitó una violentísima reacción que culminó en una de las crisis más agudas que ha confrontado la conciencia nacional. La tradición, con toda su fuerza de inercia, personificada en sacerdotes y políticos reaccionarios, combatió con tenacidad la reforma al grito de "La escuela sin Dios". Ulises Heureaux, cuyos intereses políticos se veían amenazados por la prédica de Hostos, lo hizo emigrar, y alteró profundamente las bases de su sistema.

Don Federico Henríquez y Carvajal se destacó en la tarea de mantener y desarrollar el plan pedagógico, como Subdirector, primero, y luego como Director de la Escuela Normal de Santo Domingo, y como Director de la Escuela de Bachilleres. Para la defensa de la nueva escuela se fundó el periódico "El Normalismo", que dirigía don Federico, y en el cual colaboraban los hombres de pensamiento defensores del sistema hostosiano.

Y así fué como se inició en el magisterio don Federico Henríquez y Carvajal, manteniéndose en tan edificante apostolado, en la enseñanza secundaria y la profesional por más de medio siglo. Para los que tuvieron el placer de escucharlo en las aulas será perennemente una satisfacción evocar aquellos momentos felices de amable comunicación espiritual en que la plática del maestro fluía serena y fácil, como la de Próspero en el ensayo de Rodó: sobre los temas más valiosos de la vida, de la sociedad, de la cultura.

Poeta, historiador, ensayista, crítico, sociólogo, humanista, en todos los sectores de la cultura se aventuró su alma inquieta, por todas las ideas se exaltó su espíritu.

Poeta, la poesía patriótica tuvo en él uno de sus más conspicuos representantes, como lo acreditan su Himno a Duarte y sus Romances Históricos. Porque



tuvo, como Sarmiento, la pasión del patriotismo, y su credo político lo resumió en esta frase histórica: "Creo en Dios mientras haya patria, y en la patria mientras haya ciudadanos"; por eso su lirismo se vuelca en estrofas que expresan un sentimiento fervoroso por la patria y que lo vincula estrechamente al país y a su historia.

Sociólogo, fué de los pocos que tuvieron el valor intelectual de seguir las teorías de Hostos y de profesar esa nueva disciplina en época en que la Sociología era objeto de las más violentas impugnaciones. En diversos artículos hizo estudios de auténtica sociología dominicana, examinando con rara penetración los vicios políticos del país y sugiriendo los procedimientos para la regeneración de la comunidad nacional. Y como sociólogo también produjo un ensayo de dimensión continental acerca del inmovilismo en la América Latina, en el que puso de manifiesto como "herencia, educación y ejemplos nocivos, en amalgama disolvente, prevalecieron en los informes organismos sociales y malearon las instituciones y los hombres en las nuevas nacionalidades constituídas con los elementos coloniales del Portugal decaído y de la España en decadencia".

No fué un filósofo, porque a ello se oponía su desdén por la metafísica. Pero fué un sabio en el sentido socrático de la expresión, por su inmensa experiencia, por su profundo conocimiento del hombre, de ese ser cuya incoherencia proclamaba Pascal, y desde mucho antes se repetía, con renovado dolor, en los coros de Eurípides.

Y, rasgo característico del ilustre maestro fallecido, para él como para Pascal el corazón es una vía de acceso a la verdad, es una fuente de conocimientos, es una facultad de alcanzar los principios que la razón, por sí sola, no podría lograr; para él como para el filósofo francés, "el corazón tiene sus razones que la razón no entiende". Por eso fué un gran amoroso y derramó el caudal de sus emociones simpáticas, dentro y fuera del país.

Desde la Rectoría de la Universidad, función que desempeñó durante tres años, prosiguió su labor de amor y de cultura; abrió surcos, desparramó simientes y obtuvo ópimas cosechas en una tarea en que colaboraron, de consumo, su cerebro y su corazón, derramando sobre los espíritus juveniles su saber y su amor, su gran amor, su máxima virtud, que desbordaba de un corazón batido por la marejada de sus afectos.

Y vosotros, jóvenes de la última promoción, que conocéis y cultiváis las nuevas corrientes filosóficas, que os apasionáis por la fenomenología, la axiología, el existencialismo, no reprochéis al ilustre maestro desaparecido, cuya influencia directa no tuvisteis el pla-

cer de disfrutar, el haber permanecido fiel a su orientación positivista. Los sistemas filosóficos están condenados a desaparecer, a ser substituidos por otros en virtud de una inexorable ley de superación. El positivismo tuvo su época, apasionó a los mejores espíritus del siglo XIX, y había cumplido ya su misión histórica cuando sonó el grito de alarma del "retorno a Kant".

Frente a la temporalidad radical de los sistemas se yergue con perfiles e imponencia de montaña la sólida y severa estructura moral del maestro desaparecido, que tuvo el mérito insólito de ajustar su vida al ideal ético que lo animó desde siempre.

La muerte de don Federico Henríquez y Carvajal, que nos arrebató a la par al maestro y la tradición que él representaba, nos ofrece la oportunidad de contemplar hacia atrás un siglo de vida nacional y comprobar la honda renovación que ha conmovido las raíces mismas de la existencia patria. Allá, en un horizonte temporal cuya evocación nos contrista, el cuadro dantesco de las pasiones desbordadas, el eco atroz de las descargas en la lucha fratricida, el naufragio de la nacionalidad, la postergación de los ideales generales a los intereses personales. Ahora, una inversión de perspectivas: una paz cuyos beneficios sólo podrán estimar en su justo valor los que conocieron los errores de la anarquía anterior; un sentimiento de dignidad nacional que rescata a la patria del abismo en que la habían sumido errores económicos y pasiones políticas; una perfecta coordinación de los elementos todos de la vida social, política y económica, que ha culminado en la sólida y respetada estructura política que es hoy la República Dominicana.

Si los ideales patrióticos de don Federico Henríquez y Carvajal tendían al "desarrollo omnilateral, simultáneo y concurrente de todos los órganos y funciones de la sociedad"; si como expresión de ese desarrollo aspiraba el ilustre maestro al "industrialismo, intelectualismo, y moralismo" en la vida nacional, nos cabe a nosotros, sus discípulos y admiradores, la satisfacción de comprobar que nuestro querido maestro ha desaparecido de la vida con la convicción de ver cumplidos los ideales nacionales que su patriotismo había concebido, realización que no ha sido obra del azar, sino resultado de la ingente labor llevada a feliz término por nuestro insigne Presidente, Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, nuestro primer patriota y nuestro primer hombre de acción y de pensamiento.

Descubrámonos, señores, y lloremos con lágrimas del espíritu, ante el cadáver del ilustre maestro que desciende a la tumba después de haber cumplido su espléndido destino, y cuyo recuerdo será siempre para nosotros una perenne lección de amor y de consagración a la difusión de la cultura nacional.

